

- **Autor/es** Rubén Justo Álvarez

- **Título** «Tordehumos. Un asentamiento menor vacceo, de corta duración»

- **N.º de *Vaccea Anuario*** 12

- **Año** 2019

- **Páginas** 78-83

- **ISSN** 2659-7179

- **URL** <https://pintiavaccea.es/download.php?file=565.pdf>



VACCEA 2018

ANUARIO



Universidad de Valladolid Facultad de Filosofía y Letras
Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg

Núm. 12, octubre 2019

www.pintiavaccea.es

5 €

PINTIA CAMPAÑA XXIX

EXCAVACIONES EN LAS RUEDAS

LAS MONEDAS QUE USARON Y ATESORARON LOS VACCEOS

PÁRAMO CIUDAD

UN *OPPIDUM* DE LOS TURMOGOS

TURMOGOS

NUESTROS ANCESTROS

TORDEHUMOS

CIUDADES VACCEAS

UNA NUEVA PLACA LERILLA

EL GRANIZO, QUINTANILLA
DE ARRIBA

CAZADORES-RECOLECTORES Y PASTORES EN PICO REDONDO



RIBERA DEL DUERO

**EDITA**

Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg
de la Universidad de Valladolid

DIRECTOR

Carlos Sanz Mínguez (C.S.M.)

COLABORADORES

Juan Francisco Blanco García (J.F.B.G.)
Juan Manuel Carrascal Arranz (J.M.C.A.)
Elvira Rodríguez Gutiérrez (E.R.G.)
Luis Alfonso Sanz Díez (L.A.S.D.)
Roberto Sendino Gallego (R.S.G.)
Belinda García Barba (B.G.B.)

ILUSTRACIONES

Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg
y autores de los trabajos respectivos, salvo indicación
expresa

DISEÑO

Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg

MAQUETACIÓN

Eva Laguna Escudero-CEVFW

PORTADA

Chozo de pastor en el Llano de San Pedro, Peñafiel

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y PUBLICIDAD

Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg
y Asociación Cultural Pintia

IMPRESIÓN

Gráficas Benlis. Valladolid

DEPÓSITO LEGAL: DL VA 523-2017

Edición impresa

ISSN 2659-7179

Edición en línea

ISSN 2659-7187



06

pág.

06 **Excavaciones en Pintia.** Campaña XXIX de excavaciones arqueológicas en *Pintia* (Padilla de Duero/Peñafiel)

14 **Cazadores-recolectores y pastores en Pico Redondo.**

32 **Una nueva placa Lerilla procedente de El Granizo.**

38 ***Pintia*, proyecto docente**



14



68



32

42 **Premios Vaccea 2018. 6.ª edición.**

52 **Nuestros ancestros.** Turmogos

60 **Páramo Ciudad.** Un *oppidum* de los turmogos

68 **Las monedas que usaron y atesoraron los vacceos**

78 **Ciudades vacceas.** Tordehumos

84 **Estudio arqueométrico de materiales vítreos de *Pintia*.**

91 **La otra mirada**

92 **Noticiero vacceo**

98 **Humor Sansón**



84



42

PROYECTO PINTIA

Equipo de investigación 2018

Director

Carlos Sanz Mínguez, profesor titular de Prehistoria, Universidad de Valladolid

Codirectora de la excavación arqueológica

Elvira Rodríguez Gutiérrez

Coordinadora

María Luisa García Mínguez, presidenta de la Asociación Cultural Pintia

Diseño de las exposiciones

Ignacio Represa Bermejo

Personal contratado

Eva Laguna Escudero
Alicia Vaca Alonso
Ángela Sanz García

Colaboradores

M.ª Mercedes Barbosa Cachorro
Juan Francisco Pastor Vázquez
Félix Jesús de Paz Fernández
Carmelo Prieto Colorado
Joaquín Adiego Rodríguez
José Carlos Coria Noguera
Luis Pascual Repiso
Juan Manuel Carrascal Arranz
Asociación Cultural Pintia
Voluntariado pintiano

Alumnos participantes en la campaña de excavación XXIX

Mario Calvo Castaño
Rebeca Delacruz
Zoe Graveline
Sara Jayne Berumen
Ester García García
Guillermo García Alcalá

TORDEHUMOS

UN ASENTAMIENTO MENOR VACCEO, DE CORTA DURACIÓN



Aunque la fundación de la puebla medieval que constituye hoy en día el núcleo urbano de Tordehumos data de 1182, lo cierto es que las huellas de sus primeros moradores nos trasladan a tiempos muy anteriores a esta fecha. Sin ir más lejos, un documento del siglo X localizado en Astorga nos habla ya de un lugar llamado *Autero Fumos*, topónimo sin duda significativo del uso y el valor estratégico que pudo tener el emplazamiento en esos belicosos momentos. Por su parte, las fichas del Inventario Arqueológico Provincial relativas al término municipal recogen la aparición de materiales arqueológicos de época romana así como de la pre y protohistoria. De todos estos, los que más nos interesan son los fragmentos cerámicos correspondientes a la segunda Edad del Hierro, es decir, aquellos de cronología vaccea, aunque no habremos de perder de vista los inmediatamente anteriores.

Estas cerámicas prerromanas que acabamos de mencionar aparecen en superficie en dos enclaves del muni-

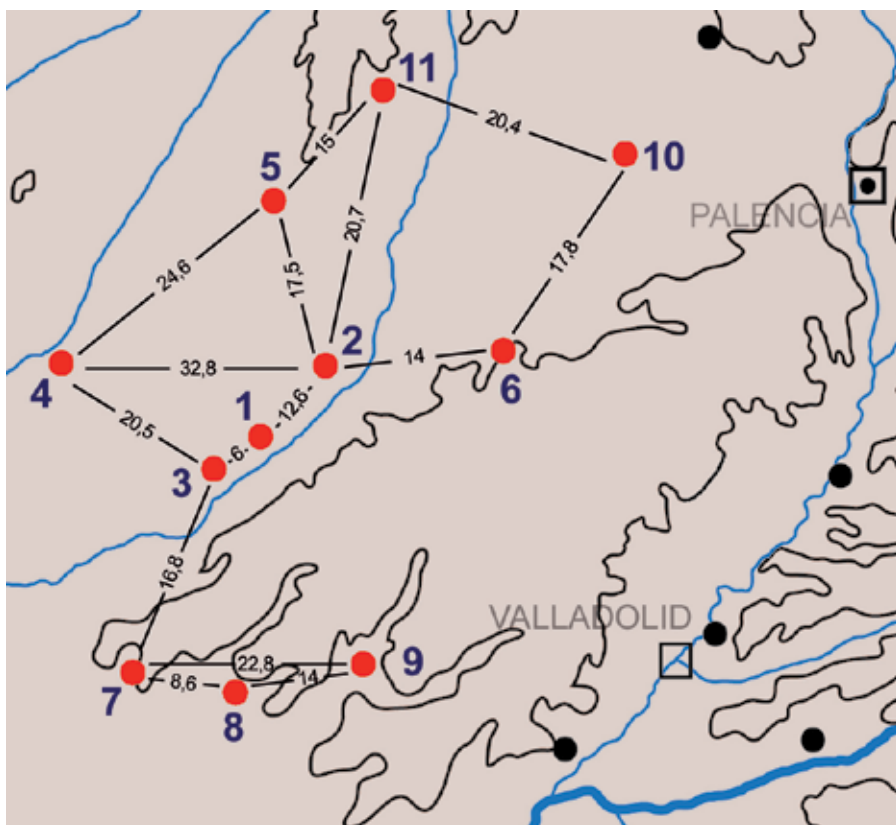
cipio. El primero de ellos corresponde al entorno del castillo, donde se han recogido cerámicas que, a pesar de su carácter fragmentario, poseen rasgos innegablemente vacceos: pastas finas y anaranjadas, modelado a torno o bordes en “cabeza de pato”. También podemos apuntar que en la cara sur del castillo, allí donde el lienzo de la muralla ha desaparecido y queda al descubierto toda la potencia arqueológica del relleno del recinto (bastante afectada por la erosión), estas cerámicas se localizan de forma general en las zonas inferiores del relleno, por debajo de niveles claramente medievales.

El segundo enclave en el que aparecen estas cerámicas se encuentra en una tierra de labor situada a la izquierda del Camino de la Vega (a unos 370 metros de su inicio), próxima al cauce del Sequillo y lindante con otra parcela que sostiene el esqueleto de un viejo palomar. En este yacimiento, bautizado como El Tejar Viejo en el Inventario, se recogieron en superficie una serie de fragmentos cerámicos que dieron pie a proponer

la existencia de un alfar de época vaccea en ese punto, hipótesis que secundamos a la vista de los materiales recogidos en una visita reciente al lugar. Por su tipología, podemos dividir estos materiales en cuatro grupos. El primero de ellos son fragmentos de cerámicas, a todas luces, de filiación vaccea: producciones finas anaranjadas, elaboradas a torno, con decoración pintada, y de las que hemos recogido muestras de bordes en “cabeza de pato”, bordes vueltos, galbos y fondos umbilicados. Los bordes pertenecen de manera casi exclusiva a artefactos de gran tamaño, y, cronológicamente, los fragmentos parecen reunir características propias de las cerámicas realizadas en los albores del mundo vacceo. No obstante, los indicios más consistentes de la existencia de un horno nos los ofrecen los restantes grupos tipológicos. Encontramos así un conjunto de cerámicas pasadas de cocción, es decir, cerámicas erradas en el momento de la cocción, propias de entornos con presencia de hornos de cocción y, en general, de centros de producción alfarera. Por otro

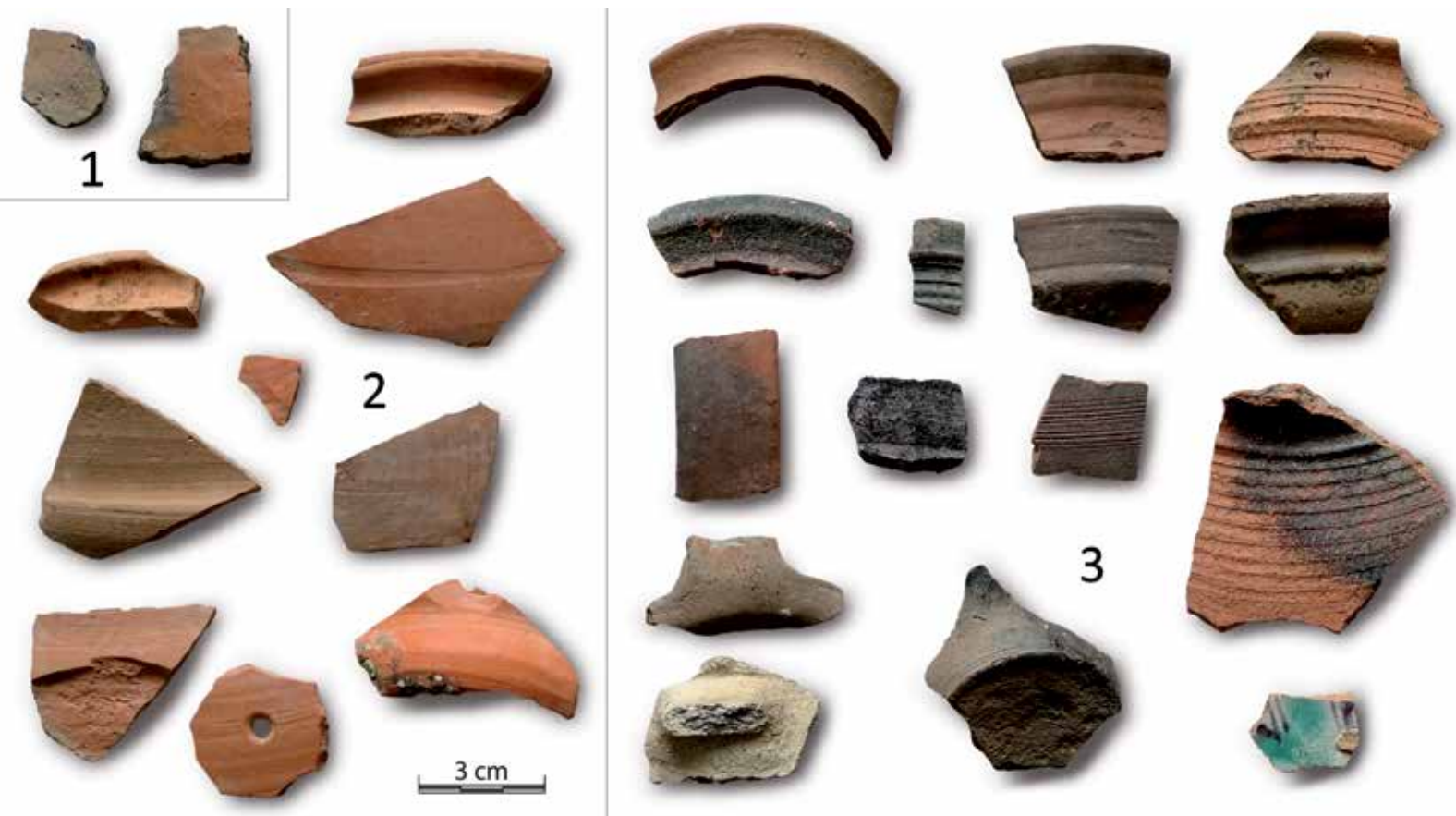
lado, se han encontrado también fragmentos de barro termoalterado que, probablemente, pudieron formar parte de las paredes interiores de un horno. Finalmente, contamos con un buen surtido de pellas de barro amasadas, algunas de ellas con improntas digitales, de nuevo un material inevitablemente ligado a los quehaceres alfareros.

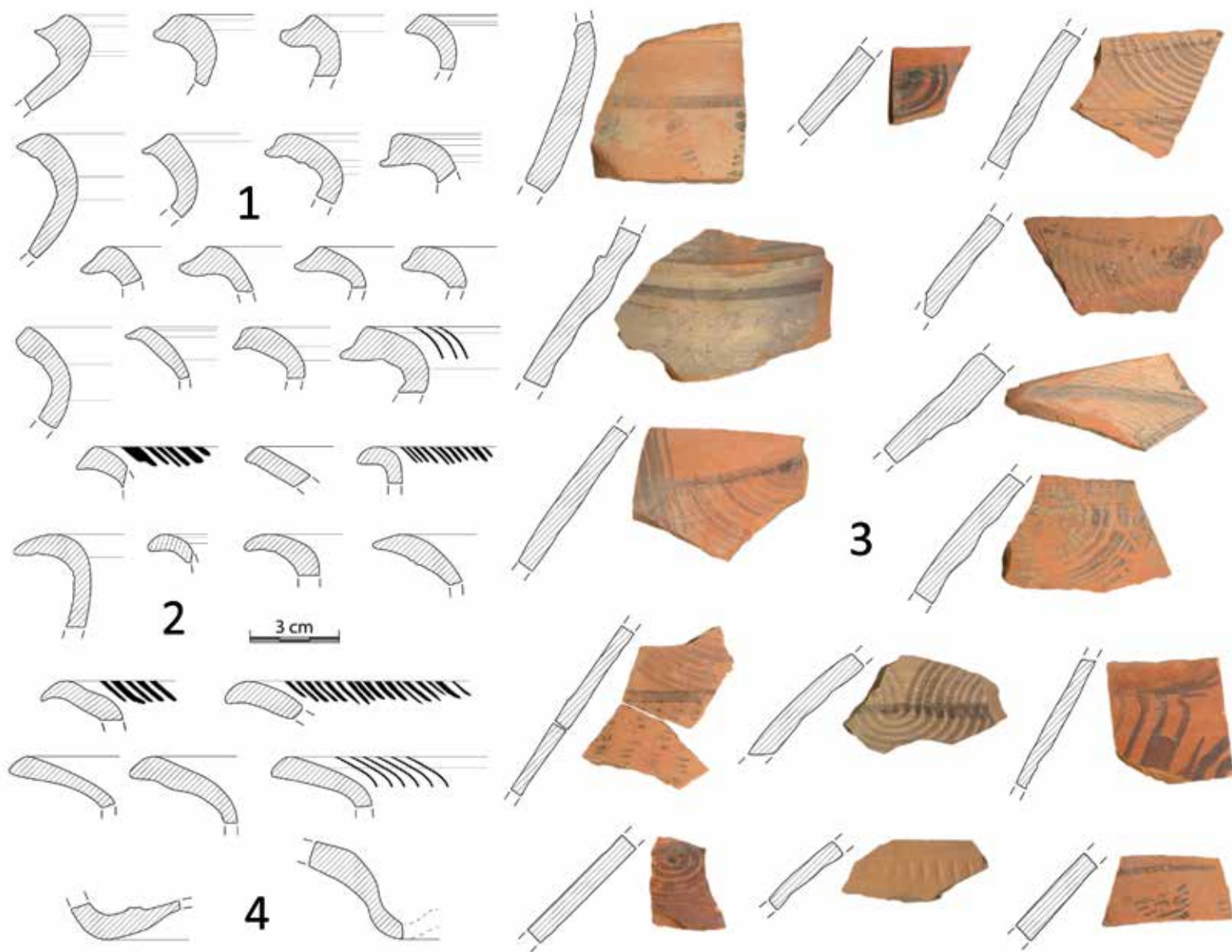
Hasta la fecha, estos son cuantos materiales se han podido recoger, y aunque sabemos que no son excesivamente abundantes, creemos que sí son suficientes para, al menos, poder plantear una hipótesis de trabajo que propone la existencia de un pequeño núcleo poblacional de época vaccea en lo alto del Cerro del Castillo y de un alfar cerámico de la misma cronología en la vega del río. No obstante, ante la escasez de evidencias materiales, nos vemos obligados por ahora a ofrecer más preguntas que soluciones.



1. Tordehumos; 2. Medina de Rioseco; 3. Villagarcía de Campos; 4. Villalpando; 5. Aguilar de Campos; 6. Montealegre (*Intercatia*); 7. Tiedra (Amallobriga); 8. Mota del Marqués; 9. Torrelobatón; 10. Castro mocho y 11. Cuenca de Campos.

Cerámicas procedentes del Cerro del Castillo: 1. Cerámica hecha a mano prehistórica, 2. Bordes en "cabeza de pato" y galbos de producciones finas anaranjadas pintadas vacceas, 3. Diversos hallazgos medievales o modernos.





Cerámicas finas anaranjadas pintadas vacceas, procedentes de la zona del alfar: 1. Bordes en "cabeza de pato", 2. Bordes vueltos, 3. Galbos con decoración pintada, 4. Fondos umbilicados. Dibujos Eva Laguna-CEVFW/UVa.

Quizás, la primera de estas preguntas que podemos plantear es si desde un punto de vista ecológico el entorno en el que se sitúa Tordehumos ofrecía los recursos necesarios tanto para el desarrollo de la vida estable como para la producción alfarera. Una revisión rápida del comienzo de estas líneas nos invita a afirmar que sí, a la vista de la continua población en época histórica del territorio, pero, como es lógico, trataremos de dar una respuesta más justificada en las próximas líneas.

Tordehumos se sitúa a los pies de un cerro testigo cercano al río Sequillo, muy próximo de las cuevas que comunican con el páramo y que, a su vez, ejercen de frontera entre dos comarcas naturales: los Montes Torozos (asentada sobre el páramo), y la cam-

paña de Tierra de Campos, en la que se localiza la mayor parte del término municipal.

La primera, es una extensa planicie elevada entre cien y ciento cincuenta metros sobre la campiña, colmatada en superficie por un armazón de calizas que ha imposibilitado su puesta en cultivo hasta la reciente introducción de métodos mecánicos de labranza. Como consecuencia, su superficie ha estado cubierta por una masa boscosa compuesta fundamentalmente por robles y encinas que ha sido aprovechada históricamente para el pasto del ganado y la recolección de madera, y que se ha visto profundamente mermada por la roturación a lo largo del siglo XX.

Sobre la segunda, vale la pena recoger un pequeño párrafo de Justo

González a propósito de la hidrografía de la comarca que resulta profundamente ilustrativo de sus características ecológicas: *"A un país alto, árido y desolado casi sin vegetación arbórea en su mayor parte, de mucho sol y lluvias mínimas, mal distribuidas además, de atmósfera limpia y despejada, con un régimen de heladas persistentes y vientos secos que activan una gran evaporación, le corresponde naturalmente una hidrografía insignificante"*

Sin duda, esta somera descripción retrata un paisaje actual, fuertemente antropizado y alterado por el laboreo agrícola durante los últimos milenios, por lo que debemos preguntarnos cuánto del paisaje prerromano ha sobrevivido hasta nuestros días. Abordaremos esta reconstrucción siguiendo

la pista de tres elementos que son esenciales para el desarrollo de la alfarería (y en buena medida para la propia vida): el agua, la arcilla y el combustible vegetal.

Cabe comenzar diciendo que en época vaccea el agua debió de estar más presente en Tordehumos que en la actualidad. Estudios paleoambientales nos informan de que dos mil años atrás el nivel de las aguas, especialmente las subterráneas, era más elevado que el presente, y probablemente afloraba en forma de fuentes, lagunas, charcas, etc. De hecho, quizás no debemos retroceder tanto, ya que ha sido principalmente durante el siglo pasado cuando el uso (y abuso) de los acuíferos y de las otras emanaciones de agua, así como las nuevas necesidades urbanísticas, han llevado al drenado de lagunas y humedales, y al cegamiento de pozos y fuentes. Sin ir más lejos, próximo al yacimiento de El Tejar Viejo existen dos pozos hoy en desuso que, de acuerdo con el Inventario, quizás pudieron abastecer de agua a un Tejar contemporáneo.

En todo caso, tal vez el río Sequillo fue la fuente hídrica más importante. Su toponimia, rastreada hasta el siglo X *-Rivulo Sicco-*, resulta cuanto menos ilustrativa, aunque no debemos dejarnos engañar por las apariencias. Si bien es cierto que su caudal medio es escaso, como corresponde a los ríos de la comarca, no menos cierto es que posee fama de inestable, sufriendo un profundo estiaje en los meses centrales del año, pero multiplicando su caudal por momentos durante los meses de invierno y primavera, provocando en ocasiones grandes avenidas y desbordamientos. Esta oscilación de sus aguas tiene su reflejo en varios textos del siglo XVIII. De Medina de Rioseco se decía, por ejemplo, que *“no le baña río considerable; solo sí pasa inmediato a sus cercas un riachuelo del que toma el nombre [...] cuyo caudal está reducido a las aguas que recoge en invierno”*; por otro lado, tenemos noticias de que algunas poblaciones como Herrín de Campos quedaron gravemente afectadas por una de estas crecidas; y, finalmente, en el propio Tordehumos, el Catastro de la Ensenada nos informa de que *“sólo hay en el término un molino harinero en el río que llama Rioseco, que sólo muele por tiempo de invierno”*. Recoger estas noticias del siglo XVIII son sumamente interesantes para conocer la naturaleza del río y su dinámica anual varios siglos atrás, pues su configuración cambió por

completo a partir de 1849, fecha en que el ramal de campos del Canal de Castilla comenzó a verter sobre el río a la altura de Medina de Rioseco aproximadamente 2500 litros por segundo de agua, evitando, entre otras cosas, el desecamiento de sus aguas en los meses de verano.

Hablando ya del segundo elemento, la arcilla, desde luego no parece haber sido tampoco un problema en lo que a su localización y obtención se refiere. De hecho, desde un punto de vista litológico, la campiña de Tierra de Campos es, en esencia, una extensa llanura de arcilla miocénica que solo ve alterada su horizontalidad por pequeñas lomas o por las vegas de los ríos. Esta abundancia de suelos arcillosos, unido a las severas condiciones climáticas, ha limitado la agricultura (u orientado, viendo el vaso medio lleno) al cultivo cerealístico desde el inicio de su práctica en este territorio, siendo el trigo el protagonista absoluto de entre todos ellos.

A la vista de que los cambios en cuanto a aspectos hidrográficos y geológicos no parecen de gran relevancia, quizás la mayor transformación ecológica de la que podemos hablar ha sido el retroceso de la superficie arbolada, hecho que debió iniciarse ya con los primeros asentamientos estables del Calcolítico. Estudios paleoambientales sobre tiempos más recientes nos confirman que, sin llegar a poseer una superficie boscosa, sí hubo una cubierta vegetal más extensa y variada. No obstante, cualquier masa forestal que pudiera haber existido en origen, estaba ya profundamente mermada en tiempos de la conquista romana. En el relato que Apiano realiza de esta campaña, nos habla de espesos bosques de *quercus* en zonas parameras, mientras que la campiña aparece desarbolada y volcada a la producción del cereal. Más tarde, en la Edad Media, el viajero Aymeric Picaud afirmaría que *“es una tierra llena de tesoros, de oro, plata, rica en paños y vigorosos caballos, abundante en pan, vino, carne, pescado, leche y miel. Sin embargo, carece de arbolado”*. Así pues, debemos considerar que si la instalación de un alfar en Tordehumos se hizo pensando en el material vegetal disponible para ser usado como combustible (lo cual parece que al menos en parte así debió de ser), los próximos Montes Torozos estarían en el objetivo antes que los recursos vegetales de la campiña.



Vista desde el Cerro del Castillo de la vega del río Sequillo. 1. Alfar vacceo. 2. Barrero contemporáneo. 3. Río Sequillo.

Con todo esto, consideramos que los recursos naturales que disponía Tordehumos en época vaccea no solo parecen favorables para un asentamiento, sino que parecen bastante idóneos para el desarrollo de la alfarería. Aún más: es probable que, junto con el resto de municipios que jalonan el río Sequillo y están próximos a los Montes Torozos, sus condiciones para el desarrollo de esta artesanía sean las más favorables de cuantos municipios conforman la Tierra de Campos; en comparación con este sector, el interior de la comarca adolece de una mayor falta de agua y de una ausencia de masa vegetal apropiada para su uso como combustible, característica que, tal vez, sea decisiva para explicar la ausencia de alfares en Tierra de Campos a lo largo de toda la historia. Este argumento es al menos el que esgrimen un buen número de publicaciones, y, efectivamente, es evidente que la mayor parte de los alfares de época contemporánea se sitúan en valles ricos en vegetación (Duero o Pisuerga) y en la zona de pinares del sur de la provincia, donde la hojarasca de los pinos (también llamada burrajo o tamuja) es abundante y satisface plenamente las necesidades de los hornos. No deja de ser paradójico, por otro lado, que justamente estas tierras



Diversos elementos que testimonian la actividad alfarera: 1. Pella de cierre de las toberas de la parrilla del horno; 2. Fragmento de pared interior vitrificada de la cámara de co-

del sur, grandes productoras de cerámica en épocas históricas, fueran un desierto demográfico en época prerromana dada la condición arenosa de su suelo, imposible para el desarrollo de la agricultura.

Por ejemplificar este vacío alfarero en la Tierra de Campos, cabe decir que solo tres municipios de la comarca durante la Edad Media poseyeron talleres, de los cuales únicamente Villalón gozaba de una cierta entidad. Más adelante, en el siglo XVIII, el Catastro de la Ensenada tampoco da noticias de muchos más centros productores; concretamente, se recoge la existencia de alfares en Herrín de Campos y en Medina de Rioseco, aunque algo más al sur parece que pudo existir otro obrador en Torrelobatón. Avanzando al siglo XIX, tan solo los alfares de Medina de Rioseco se mantienen en funcionamiento (y lo seguirán haciendo durante buena parte del siglo XX), y no será hasta finales de este siglo cuando empiece a funcionar otro en Mayorga, aunque no alargará demasiado su vida. En este último siglo se abrieron alfares en Villalón, Palazuelo de Vedija, Tiedra y Mota del Marqués, pero todos ellos se caracterizan por su localización en municipios sin tradición alfarera y por una vida activa más bien corta.

En definitiva, la imagen que transmiten estos datos es la de una comarca sin tradición alfarera, parece que, al menos en buena medida, por un problema de abastecimiento de combustible vegetal. Esto nos hace plantear la sugerente idea de que, si esta misma imagen es trasladable a la época vaccea, tal vez el alfar de Tordehumos pudo ser productor y suministrador de piezas cerámicas a buena parte de los asentamientos vacceos del interior terracampino.

Pero, ¿qué sabemos de los alfares prerromanos del interior de la Meseta? ¿es extrapolable a Tordehumos los hallazgos en otros puntos del área vaccea? Lo cierto es que hasta la fecha sabemos bastante poco sobre ellos y, a diferencia del área íbera, mucho más estudiada y donde las evidencias de hornos superan el centenar, en el interior de la Meseta, y más concretamente en el área vaccea, la lista de alfares se reduce a los hornos y el barrio alfarero de Carralaceña (asociado a la ciudad de *Pintia*), y los alfares de Roa de Duero y Coca. Esta notable diferencia creemos que se debe más a una carencia de investigación en este campo que a la ausencia de alfares en el mundo vacceo. Más bien al contrario, dada la singularidad de sus producciones y la importancia que sabemos que tuvo la cerámica en diferentes aspectos de sus vidas nos parece bastante evidente que los centros de producción alfarera no pudieron limitarse a los pocos casos que conocemos.

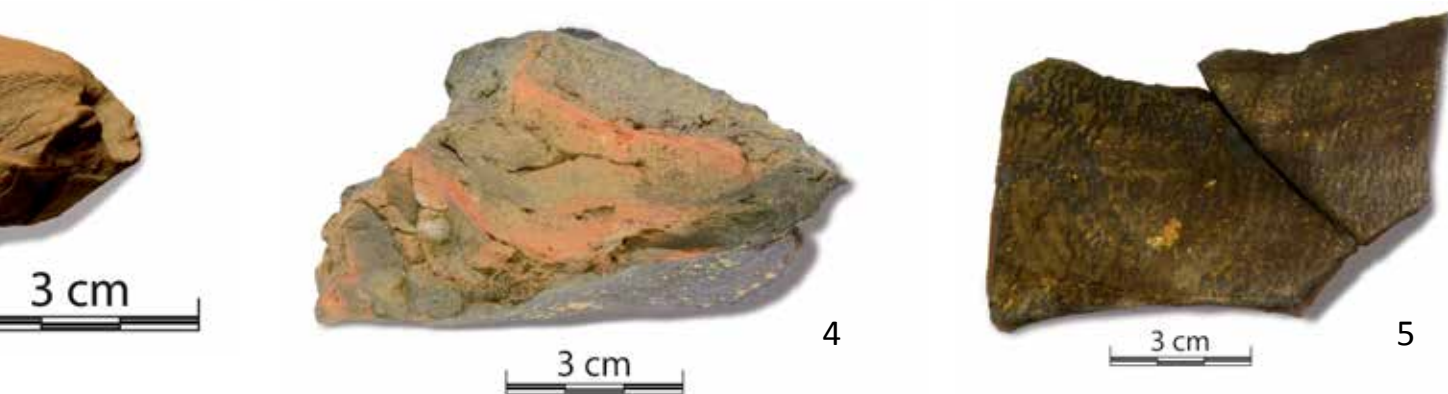
En todo caso, dado que existe una cierta uniformidad en los obradores de toda la Península, podemos hacernos una idea de las características generales que pudo tener el alfar de Tordehumos. Por de pronto, cabe decir que los centros alfareros eran auténticos complejos en los que se desarrollaban todas las fases de la producción, y es frecuente que hubiera en ellos áreas especializadas como salas de torneado, zonas de almacenaje, secaderos, etc., así como utillaje concreto para la realización de determinadas tareas, como la rueda del torno o las pilas usadas para colar el barro durante su preparación por levigación. Ejemplos de estos complejos pueden ser el alfar de Coca en el área vaccea, o el de Las Cogotas en la vecina área vettona. En el caso de Tordehumos, la pequeña dispersión de

la cerámica nos sugiere que probablemente el complejo fuera de pequeñas dimensiones.

Pero, sin duda, en los alfares estudiados de época prerromana los elementos más relevantes y mejor conservados son los hornos. Su llegada a la península Ibérica desde el Mediterráneo data del siglo VII a. C., aunque no llegaron a la Celtiberia hasta el siglo VI. Estos hornos se caracterizan por ser de doble cámara y tiro vertical, siendo la cámara inferior la caldera o *praefurmiun* y la superior el horno propiamente dicho. Entre ambas cámaras se encontraba una parrilla o torta que ejercía de suelo del horno, y que se encontraba agujereada por una serie de toberas por las que ascendía el calor desde la cámara de combustión hasta las piezas. La temperatura de cocción se podía controlar mediante el cegamiento de alguna de las toberas con pellas de barro. Las estructuras de los hornos eran levantadas normalmente en adobe, y no se sabe con demasiada certeza si su cubierta sería o no permanente, o tal vez convivieron ambos modelos. Como hemos apuntado anteriormente, en el área vaccea solo conservamos hornos de cocción cerámica en Carralaceña, pero podemos afirmar con cierta seguridad que Tordehumos debió de contar con un horno de similares características, tal vez no idéntico al pintiano, pero seguramente encuadrable en alguna de las variantes tipológicas propuestas por Coll Conesa.

Ahora bien, supongamos que efectivamente tenemos un complejo alfarero similar a los que hemos descrito anteriormente y que, además, es un centro que produce para buena parte de la comarca terracampina, ¿estamos acaso ante una instalación aislada?

Para responder a esta pregunta, debemos recuperar el otro conjunto de



combustión; 3. Pella cerámica con huellas dactilares; 4. Pella cerámica con perfiles de vasos fallidos reciclados; 5. Cerámica pintada con círculos concéntricos pasada de cocción.

cerámicas de las que hablamos al inicio, aquellas que fueron recogidas en la cima del Cerro del Castillo. Al hablar de ese enclave, apuntamos también en su momento que su posición estratégica no había pasado desapercibida por los pobladores medievales, pero tal vez tampoco lo hizo para gentes anteriores a los vacceos. Así, y aunque su filiación es algo más discutible, en el Cerro del Castillo se ha documentado la existencia de cerámicas hechas a mano que, con ciertas reservas, los investigadores han asignado a un momento previo al vacceo, esto es, a la cultura de la primera Edad del Hierro de El Soto.

De confirmarse esta presencia de gentes del Primer Hierro, podríamos formular una secuencia de poblamiento que se iniciaría con un pequeño poblado soteño situado en la cima del cerro que, hacia el siglo IV a. C., entraría en una fase de transición hacia la II Edad del Hierro, y por tanto hacia la cultura vaccea. Este proceso, asociado a la incorporación de ciertas novedades tecnológicas que cambiarán los modelos sociales, económicos y políticos hasta esas fechas vigentes, está apenas representado en el registro arqueológico investigado, y son muchas las preguntas que permanecen abiertas al respecto. No obstante, sí sabemos con cierta certeza que se produjo un fenómeno de concentración de la población a unos pocos núcleos, pasando, en definitiva, de un modelo de muchos poblados con poca población a grandes núcleos, ciudades incluso, de varios miles de habitantes.

Así pues, tomando por válido este modelo, y teniendo en cuenta por un lado que, como hemos mencionado anteriormente, las cerámicas aparecidas en Tordehumos parecen ser de una fase antigua de la cultura vaccea, y por otro, que el pequeño tamaño del pobla-

do (apenas 1,3 ha) no permite otorgarle categoría de ciudad, podemos plantear una hipótesis según la cual el pequeño poblado ahumado habría existido solo en una primera fase vaccea para ser “engullido” acto seguido por alguna de las grandes ciudades próximas. Esta explicación encajaría bien con el modelo de poblamiento vacceo que propone Sacristán, y que presenta un territorio bajamente habitado con la población concentrada en grandes ciudades-estado independientes entre sí, ubicadas en los terrenos más propensos para la práctica agrícola y carentes de aldeas tributarias o dependientes.

Pero, si por el contrario este poblado mantuvo su actividad durante buena parte de los cuatro siglos de historia vaccea, entonces su existencia se explicaría mejor por un segundo modelo planteado por San Miguel, a partir del propuesto por Wattenberg en 1959, que presenta una región en la que conviven *civitates* y *oppida*, siendo las primeras grandes ciudades que ostentarían la capitalidad económica, política y social y los segundos centros dependientes de estos. En este caso, el poblado y el alfar de Tordehumos podrían ser un centro especializado dependiente de alguna gran ciudad próxima que, para mayor complejidad, tampoco resulta muy claro cuál podría haber sido, aunque sabemos hay evidencias de núcleos con marcado carácter urbano en las próximas Medina de Rioseco, Tiedra y Montealegre.

De todo cuanto hemos expuesto en estas líneas, tal vez debamos de quedarnos con la sensación de que son muchos los interrogantes que quedan por resolver y que solamente nuevas prospecciones y excavaciones permitirán poder avanzar en el conocimiento de algunas de las cuestiones que he-

mos planteado relativas a la artesanía alfarera en el mundo vacceo, el proceso de transición de la primera a la segunda Edad del Hierro, o la organización jerárquica y el modelo de poblamiento del mundo vacceo.

Bibliografía

- ESCUADERO NAVARRO, Z. y SANZ MÍNGUEZ, C. (1993): “Un centro alfarero de época vaccea: el horno 2 de Carralaceña (Padilla/Pesquera de Duero, Valladolid)”, en F. ROMERO, C. SANZ y Z. ESCUDERO (eds.), *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Valladolid, Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo: 471-492.
- COLL CONESA J., y BRONCANO, S. (1988): “El horno ibérico de la Casa Grande (Alcalá de Júcar, Albacete)”, *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 30: 187-228.
- GONZÁLEZ, P. (1989): *Cerámica preindustrial en la provincia de Valladolid*, Valladolid, Colegio de Arquitectos.
- GONZÁLEZ GARRIDO, J. (1993): *Horizontes de Castilla: La Tierra de Campos, región natural*, Diputación de Palencia, Ámbito Ediciones.
- HERNÁNDEZ GARCÍA, R. y CUBERO GARROTE, J. (2017): *La Tierra de Campos de Valladolid en el siglo XVIII: estudio y transcripción de las Respuestas Generales del Catastro de la Ensenada*, Valladolid.
- ROMERO VERGARA, J. I. (1989): *Hombre, barro y fuego en las tierras vallisoletanas*, Valladolid, Caja de Ahorros Provincial.
- SACRISTÁN DE LAMA, J. D. (2011): “El urbanismo vacceo”, *Complutum*, 22 (2): 185-222.
- VACA LORENZO, Á. (1992): “La Tierra de Campos y sus bases ecológicas en el siglo XIV”, *Studia Historica. Historia Medieval*, Vol. 10, 1992.
- VAL, J. D. (1981): *Alfares de Valladolid*, Valladolid, Caja de Ahorros Provincial.